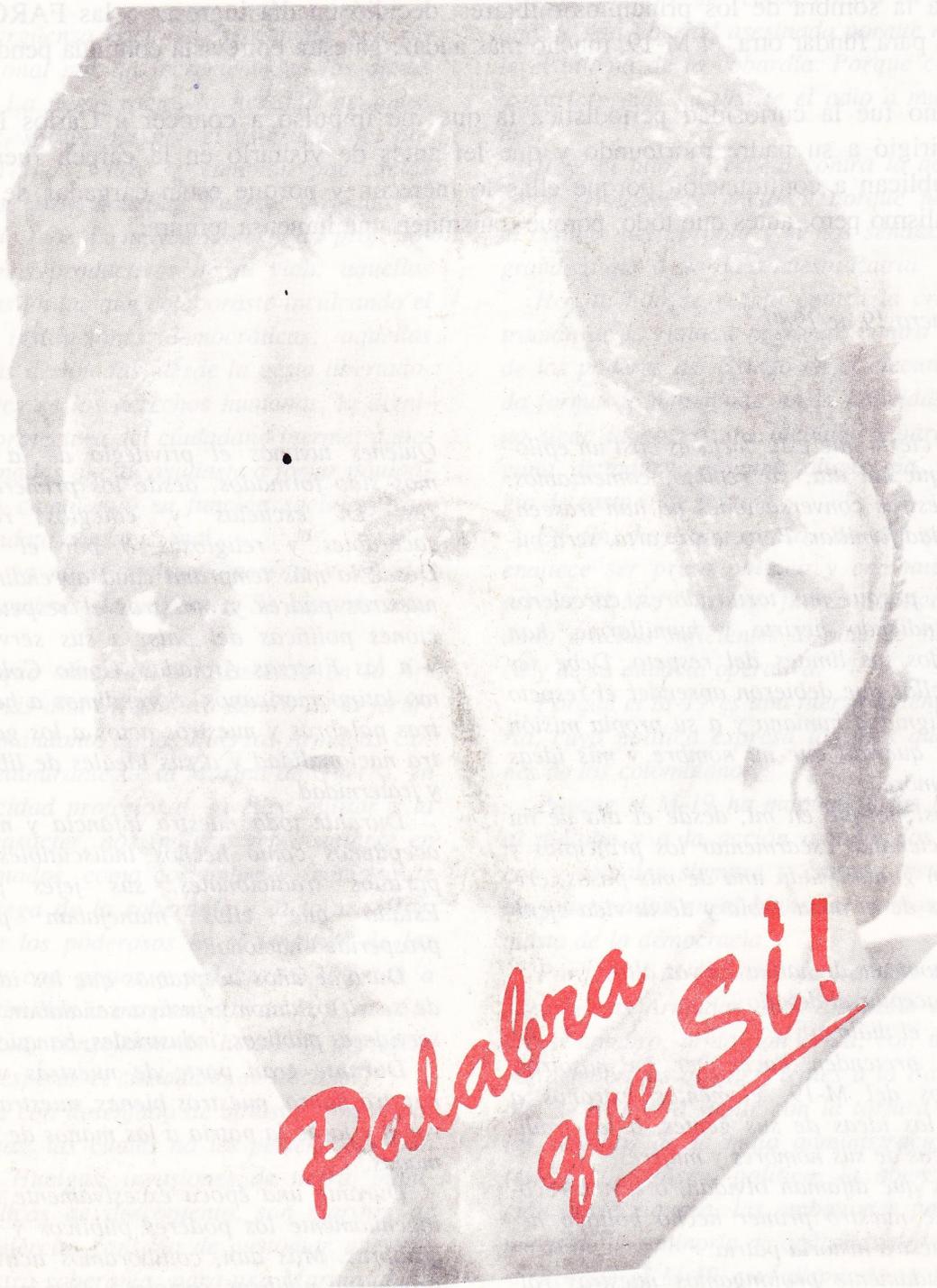


ENTRE TODOS CAMBIAREMOS LA HISTORIA DE COLOMBIA



M - 19

Carlos Pizarro León-Gómez, el cuarto dirigente del M-19, iba a ser también, como Alvaro Fayad, uno de los protagonistas de este libro. Por las restricciones en las visitas a los presos políticos, su entrevista ni siquiera alcanzó a iniciarse. Apenas pude conocerlo. Alto, delgado, de barba y cabellos rubios, me impresionaron sus facciones perfectas y su presencia varonil. En nuestra charla, de pocos minutos apenas, me enteré de que había sido seminarista, de que su padre había llegado a ser en un momento uno de los hombres más importantes de las Fuerzas Armadas de Colombia y de que sus hermanos también estaban presos por pertenecer al M-19. Esos hechos me hicieron pensar que valdría la pena conocer la historia de su vida, las razones por las cuales un hombre que quiso ser sacerdote y que se educó a la sombra de los principios militares, decidió un día ingresar a las FARC y luego salir de esa guerrilla para fundar otra, el M-19, mucho más audaz. Nuestra entrevista continúa pendiente.

Sin embargo, no fué la curiosidad periodística la que me impulsó a conocer a Carlos Pizarro. Fué la carta que le dirigí a su padre moribundo y que leí antes de visitarlo en la cárcel, fueron estas palabras que se publican a continuación porque ellas lo merecen y porque están cargadas de contenido humano y de idealismo pero, antes que todo, porque transmiten una inmensa ternura:

La Picota, Enero 19 de 1980.

Querido Padre:

Sé, a ciencia cierta que esta carta es casi un epílogo al diálogo que un día, ya remoto, comenzamos. Hasta ahora nuestras conversaciones no han trascendido a la intimidad familiar. Pero, esta carta, será pública.

Debe ser así, porque mis torturadores, carceleros y jueces, pretendiendo herirte y humillarme, han transgredido todos los límites del respeto. Debe ser así, porque aquellos que debieron aprender el respeto a la Ley, a la dignidad humana y a su propia misión libertadora, han querido que mi nombre y mis ideas se liguen a tu nombre.

Y debe ser así, porque en mí, desde el día de mi captura, han pretendido escarmentar los principios y criterios que han guiado cada uno de mis pasos, criterios aprendidos de tu boca sabia y de tu vida ejemplar.

Es, pues, el momento de hablar en voz alta.

Es necesario aceptar el desafío.

Reinicio, pues, el diálogo.

Hay quienes pretenden hacer ver en nosotros, miembros activos del M-19, elementos extraños a nuestro país, a las ideas de sus gentes, a las tradiciones y esperanzas de sus hombres y mujeres.

Pero aquellos que difaman olvidan, o temen reconocer, que desde nuestro primer hecho político hemos rescatado nuestra historia patria.

Que apasionadamente prolongamos nuestras raíces culturales y humanas a las más antiguas tradiciones de nuestro pueblo.

Como Tú, y la inmensa mayoría de colombianos, provenimos de familias liberales y conservadoras.

Quienes tuvimos el privilegio de la educación, hemos sido formados, desde los primeros años escolares, en escuelas y colegios regentados por sacerdotes y religiosas o por el Estado mismo. Desde la más temprana edad aprendimos de boca de nuestros padres y maestros el respeto a las instituciones políticas del país, a sus servidores públicos y a las Fuerzas Armadas. Como Colombianos y como latinoamericanos aprendimos a honrar con nuestras palabras y nuestros actos a los gestores de nuestra nacionalidad y a sus ideales de libertad, igualdad y fraternidad.

Durante toda nuestra infancia y nuestra juventud aceptamos como hechos indiscutibles que, nuestros partidos tradicionales, sus jefes políticos y el Estado que ellos manejaban procuraban la prosperidad nacional.

Durante años aceptamos que los ideales cristianos de servicio, amor y justicia señalaban el quehacer de servidores públicos, industriales, banqueros, etc.

Durante gran parte de nuestras vidas confiamos nuestra honra, nuestros bienes, nuestra seguridad personal y la de la patria a las manos de las Fuerzas Armadas.

Durante una época excesivamente larga acatamos ingenuamente los poderes públicos y creímos en sus palabras. Más aún, colaboramos activamente en sus propuestas políticas, sociales y económicas.

Pero ese país que reconocíamos como nuestro, se fue desdibujando.

Ante nuestros ojos sorprendidos apareció una nación adolorida. Esa patria que tú y nuestros antepasa-

dos quisieron para nosotros no fé el país que recibimos. Durante los últimos años, la rectitud, la honorabilidad y la justicia se han, visto, como nunca antes, desterradas. Sobre los dineros del Estado cayeron aves de rapiña y hoy dilapidan la riqueza nacional.

Una clase política, oportunista perezosa, comenzó a traficar con la ley, con la justicia y con los puestos públicos.

Hoy, para vergüenza nacional, se cambia una reforma constitucional por un incremento en las dietas parlamentarias. La democracia, la heredad de todos los colombianos, se cambia por el usufructo del poder ejecutivo. Tantos votos se cambian por tantos puestos públicos. Hoy, aquellas Fuerzas Armadas a las que dedicaste, con la mayor honèstidad profesional, los años mas productivos de tu vida; aquellas Fuerzas Armadas en las que colaboraste inculcando el respeto a las instituciones democráticas; aquellas Fuerzas Armadas destinadas, desde la gesta libertadora, a ser garentes de los derechos humanos, la dignidad nacional y protectora del ciudadano inerme; aquellas Fuerzas Armadas que tú ayudaste a forjar paulatinamente, fueron cambiando su función social y traicionando su mandato constitucional.

Hoy, el país ya no se inclina reverente y agradecido ante los hombres de uniforme. Se espanta ante su paso.

A nosotros, que observamos tu ascenso en la Armada hasta la más alta investidura dentro de la jerarquía militar, comandante de las Fuerzas Armadas Colombiana y Vicealmirante de la Marina de Guerra, en base a la capacidad profesional, la ética militar y la rectitud de tu carácter, nos indigna ver instalarse en las Fuerzas Armadas, como costumbre y requisito de ascenso, la entrega de la soberanía y la torura. Hoy, la soberanía de los poderosos es el lenguaje de los altos mandos, y con gestos y palabras irrespetan a la Patria. Si intimidan a magistrados de la Corte Suprema de Justicia, consejeros de Estado y presidentes, ¿qué puede esperar el ciudadano de la calle?

Hoy se habla con desenfado de aplastar con el paso de unas armas, las cuales no les pertenecen, toda protesta social. Huelgas, invasiones de tierra, manifestaciones públicas de descontento, son clarines de guerra por un ejército cansado de custodiar nuestras fronteras y nuestra soberanía; para una Marina alejada de los mares y que entrega nuestras doscientas millas de mar territorial y una Fuerza Aérea indiferente al cielo patrio, fácil al soborno y activa en la tortura.

Hoy es hecho repetido y condenable la invocación al golpe de estado, el desprecio al débil y al humilde.

Nuestra patria ha ido cambiando y con ella todos hemos sido transformados.

Hoy, tu hijo se rebela contra la injusticia social por que nos enseñaste el culto a la igualdad y a combatir la miseria.

Hoy, tu hijo, se rebela contra la lacerante realidad de una libertad asesinada porque no nos enseñaste el idioma de la cobardía. Porque como demócrata y patriota, nos inculcaste el odio a muerte a los tiranos.

Hoy, tu hijo, se rebela contra la actual dependencia y servidumbre nacional porque no nos indicaste el camino del oprobio y sí nos señalaste el futuro de grandeza que aguarda a nuestra Patria.

Hoy, tu hijo, se rebela contra la creciente concentración de la riqueza nacional, contra la acumulación de los poderes del Estado en el ejecutivo y contra toda forma de monopolio en la actividad social porque no tiene la contextura ideológica para soportar ninguna dictadura, ninguna oligarquía, ningún privilegio de casta o de fortuna.

En fin, hoy te expreso, no sin orgullo, que me enaltece ser preso político y combatiente del M-19, porque el M-19 es una fuerza política nueva que ha dado pruebas suficientes al país de su justicia política y de su audacia operativa.

Porque el M-19 es una fuerza auténticamente unitaria, cuya política expresa las más queridas ambiciones de los colombianos.

Porque el M-19 ha mantenido las puertas abiertas al diálogo y a la acción a todos los sectores políticos y sociales siempre y cuando, estos sectores, estén interesados en el bienestar nacional y en la conquista de la democracia.

Porque el M-19, ante la traición de un sector de las Fuerzas Armadas, está dispuesto a trabajar hombro a hombro, arma con arma, con todos los militares demócratas quienes, leales a la Patria y a su pueblo, se niegan a suplir con la tortura y el vil garrote las secuelas de la mala administración gubernamental, el clientelismo político, la aberrante concentración de la riqueza, las ambiciones políticas y económicas de una minoría de apátridas privilegiados.

Porque el M-19 está dispuesto, y lo ha demostrado, a ser parte del torrente nacional que cree posible derrotar a la minoría oligárquica civil y militar que rompe los más antiguos valores nacionales y acapara la riqueza.

Por último, porque el M-19 cree posible y necesario construir un orden social con democracia económica, social y política y no está dispuesto a disminuir la intensidad de la lucha. El M-19 cree en la victoria, trabaja por ella y la construye.

Tu bien sabes que no he eludido, ni eludiré, mis responsabilidades en múltiples hechos y que he suscrito manifiestos públicos que el país de sobra conoce. No he inclinado la cabeza ante interrogadores y torturadores, pues mi vida pública y privada está y estará frente al país y a sus gentes.

No tememos, mis compañeros y yo, al juicio que hoy nos siguen, montado para condenar nuestra dignidad de patriotas y nuestro indoblegable amor al pueblo.

No nos espantan las condenas porque jamás hemos abandonado la convicción de que la Patria lo merece todo, la vida, la comodidad personal, la libertad individual.

Además, el único veredicto válido es el que dicta la historia a él nos acogemos. Y sabemos que nuestros sacrificios bien habrán valido la pena. Siempre y cuando existan, como existen, demócratas honestos en los partidos tradicionales y en las nuevas fuerzas políticas.

Siempre y cuando el clero recupere el sentido evangelizador y humanista de su misión histórica y retorne, como hoy retorna al humilde, al pobre, al desprotegido, para recuperar derechos conculcados y un porvenir liberador.

Siempre y cuando en las Fuerzas Armadas, en todos los rangos y jerarquías, haya quien mantenga encendido el fuego de la nacionalidad y el respeto a la ley y nuevos nombres se opongán, con inteligencia, energía y organización, a quienes pretenden despeñar al país por los abismos de la dictadura, el terror, la dependencia nacional y el oprobio ciudadano.

Siempre y cuando los campesinos, los desempleados, las clases medias, los intelectuales, los obreros e industriales nacionalistas entiendan que es el país el que está en juego y que son su prosperidad y felicidad lo que se nos hurta, el porvenir de Colombia lo que se arriesga.

Por esto, haciendo eco a tus palabras, que hoy son las nuestras, clamamos por la unidad de todos los patriotas en torno a un gran propósito nacional, que en el actual estado del país no puede ser otro que la conquista de una auténtica democracia en todos los órdenes de la actividad social. Alcanzar una sociedad donde los derechos no sólo se enuncien, sino, que además se realicen, es la única forma de ser libres como individuos y grandes como nación.

Para terminar Tú bien sabes, que siempre he actuado de acuerdo a los dictámenes de mi conciencia. Mi vida vale por sus propias condiciones humanas, por su inteligencia, por su honestidad, por la rectitud de su carácter y que no debe recibir ningún tipo de privilegio por las investigaciones ajenas. Tu bien sabes que, fiel a tus enseñanzas, nunca he buscado en mi condición de hijo tuyo, recibir prebendas o usufructuar beneficios que tú hayas merecido pero que yo no haya ganado.

He reconocido y agradecido tu culto a la libertad ajena, lo cual me ha permitido construir mi vida madurando en la lucha cotidiana, aprendiendo de éxitos y errores.

Siempre he querido que mi vida sea juzgada por la opinión pública nacional por mis propios méritos e independiente de la tuya.

No eludo, eso sí, las responsabilidades que llevar tu sangre implica. Reconozco con orgullo que las sólidas bases morales que iluminan mi vida son obra de tus manos. Jamás renunciaré a ver en tí mi más importante gestor. Rendiré culto perenne a tu honradez de hombre público y a tu immaculada vida privada. Mantendré la más firme convicción de que tu vida no requiere de defensores improvisados, aunque uno de ellos sea tu hijo. Mantengo la certeza de que desde tu lecho de enfermo posas tu mirada inteligente sobre mis pasos actuales. Sé que continuarás implacable frente a mis yerros y continuarás confiando en mi carácter. No estaré a tu lado en la hora de la muerte, pero nunca he estado lejano.

Recibe mi mensaje eterno de agradecimiento y amor.

Tu hijo

Carlos

Nota: El padre de Carlos Pizarro murió luego de haber conocido la anterior carta sin haber podido, a causa de su enfermedad, ir a la cárcel para despedirse definitivamente de sus hijos.